

A propósito de la posición del escritor latinoamericano

Escribe: UMBERTO VALVERDE

Se ha pretendido colocar al escritor latinoamericano en una difícil situación y se ha tratado de obligarlo para que escoja una de dos únicas posibilidades que solo van a determinar el encasillamiento en una ideología cualquiera. Se advierte que no existe una tercera posición y que esto indicaría la adhesión velada a una de las dos vías a tomar.

Esta actitud no es original ni nueva, deviene desde el mismo momento en que se dio el nombre de "intelectual" a una cierta clase de personas que se dedicaban a asuntos teóricos o de creación, antiguamente llamados del espíritu. Esta nueva categoría surgió el 14 de enero de 1898, durante el "caso Dreyfus", y en ese día histórico, se dio a conocer el primer manifiesto de los intelectuales. Para facilitar nuestra breve exposición vamos a considerar al escritor —artista— como un intelectual, sin discutir sobre el concepto mismo, ni tampoco trataremos de hacer un análisis histórico de las diferentes interpretaciones que se han elaborado a partir de tan sencilla pregunta.

A través de la historia del arte, según quienes así lo han visto, han diferenciado en dos tendencias visibles: la literatura *engagée* como lo definió Sartre y el arte por el arte. A partir de esto se ha querido forzar a nuestra literatura a inscribirse en términos tan esquemáticos como anacrónicos.

Los representantes de las doctrinas y los partidos han condenado al escritor y su obra artística, a no limitarse solamente a las preguntas, sino a brindar soluciones, que únicamente la realidad y el movimiento histórico están obligados a dar.

Muchos son quienes sientan cátedra y levantan una falsa estética a partir de la unión intrínseca del arte con lo social, y como una consecuencia directa de los procesos económicos y políticos, pero se ignoran o tergiversan los textos sobre los cuales debe fundamentarse la verdadera estética, y en los que está contemplado que la determinación al arte por lo económico solo se da en "última instancia".

Es oportuno aclarar que no estamos postulando al "intelectual" como un ser fuera de clases, indiferente a los antagonismos de las relaciones sociales, como algo abstracto que no tiene contacto con las crisis sociales ni con los problemas cotidianos. No es el ser que lo mira todo desde la margen, el privilegiado que nunca atraviesa la corriente, y se contenta con ser un *voyeur*. Entonces ¿cuál es la función que cumple el escritor latinoamericano? ¿Cómo la ejerce?

La obra de arte da un testimonio histórico en una fase determinada, refleja en cierto modo, la estructura económica, la moral reinante, las tradiciones, pero esta reproducción no es total, es solo parcial. Además todas estas formas ideológicas participan de la formación de la obra, pero necesitan integrarse en la estructura autónoma de ella, en ese contexto que adquiere una legalidad propia. A través de la obra artística el creador supera el *humus* histórico-social que le dio origen. Por eso, el arte no puede reducirse a lo ideológico únicamente, pues pierde su vocación de universalidad, se borra la esencia misma del arte. El artista no puede proponerse dar una visión racional del mundo, y es erróneo querer dar un consentimiento científico de esa realidad, el verdadero artista, el que posee una auténtica vocación, el que abandona todos sus intereses políticos en el acto de escribir, y es fiel a la realidad de una manera honesta, produce una obra de arte aunque sus conceptos políticos, filosóficos o sociales estén en contra de una determinada clase social. Tenemos el ya acostumbrado ejemplo de Balzac, que siendo un legitimista en el plano político y teniendo sus simpatías hacia la nobleza, su obra universal reflejó la decadencia de esa clase a la cual él pertenecía. Este es un gran triunfo del realismo.

En la América Latina tenemos un caso similar: Jorge Luis Borges, combatido por la juventud de su país, por los que defienden la moral del *engagement*, y admirado por los extranjeros, por los europeos a través de su obra, ese verdadero mundo literario creado por él, tan desconocido entre los conocidos. Sus ideas acendradamente anacrónicas no se han reflejado en su obra, ha traspasado sus simpatías personales. Es una lástima que todavía se critique a Borges porque su obra no muestra la realidad palpable de su país, pero el autor de el *Aleph* nunca reflejará la superficialidad de las cosas, siempre ha estado en la esencia misma.

Ahora, el pertenecer a una determinada ideología, sea burguesa o socialista, no implica por consiguiente que esté capacitado para elaborar una obra artística. Ninguna doctrina tiene la posesión del "misterio" de la creación, de ambas ideologías han surgido grandes artistas, y asimismo, han aparecido siniestramente pésimos creadores.

Entonces la posición del escritor latinoamericano consciente es aún más difícil cuando sobreentiende que no puede sacrificar su obra artística en defensa de una ideología, puesto que esta actitud resulta de un oportunismo demagógico, y además, de un cierto facilismo. Esta posición negativa es apoyada por ciertos escritores, aun con una gran obra artística, tal vez, por ingenuidad, y por un sentimentalismo extremista.

Estamos de acuerdo que el intelectual latinoamericano no puede evadirse de la realidad que lo circunda, ni puede ignorar la objetividad de la situación de su continente, sea que esté ubicado en cualquier punto geográfico. Así Julio Cortázar en una carta desde París, donde reside, a Roberto Fernández Retamar, director de la revista "Casa de las Américas", le dice en uno de sus apartes: "En lo más gratuito que pueda yo escribir asomará siempre una voluntad de contacto con el presente histórico del hombre, una participación en su larga marcha hacia lo mejor de sí mismo como colectividad y humanidad".

Es indudable que el artista latinoamericano no puede escapar a su contorno, y mientras América Latina sea víctima de los intereses foráneos, del colonialismo económico, mientras exista una mayoría de analfabetos y no se respeten los valores elementales como la dignidad humana y la libertad de opinión, el artista latinoamericano debe enfrentar esta realidad.

Pero es necesario rechazar esos dos antiguos caminos que parecían únicos y absolutos, ya es hora que abandonemos la terminología desgastada sobre el purismo estético y el compromiso, si somos honestos y rigurosos, debemos plantearnos el problema en otros términos.

Retornando a la pregunta básica: ¿cómo debe el escritor ejercer esta función social y cómo debe participar en el proceso histórico de su continente?

En la citada carta de Julio Cortázar en otro de sus párrafos nos aclara:

"Incapaz de acción política, no renuncio a mi solitaria vocación de cultura, a mi empecinada búsqueda ontológica, a los juegos de la imaginación en sus planos más vertiginosos; pero todo eso no gira ya en sí mismo y por sí mismo, no tiene ya nada que ver con el cómodo humanismo de los mandarines de occidente".

El cronopio argentino y demás escritores conscientes, con una visión objetiva y real de la situación, están de acuerdo con el planteamiento esbozado por el autor del "¿Qué hacer?" cuando dice que el intelectual debe ocupar su posición de lugarteniente e inscribirse en la lucha de clases, ya sea por extracción o adhesión de clase. Todavía falta por completar este concepto, porque si el escritor tiene la obligación de participar y pronunciarse, ¿cómo debe ser esta participación y este pronunciamiento?

La actitud del escritor latinoamericano, retomando el planteamiento de Cortázar es una posición ética de enfrentar la realidad, porque su misión específica es crear la obra artística, su obligación como revolucionario es hacer la revolución en su práctica específica, similarmente, el intelectual debe producir su teoría, para que el proletariado fundamentado en esa nueva ideología, haga suya la hegemonía histórica.

El artista no puede dedicarse a otras prácticas, en las cuales muchos se desempeñan mejor que él mismo, y cada quién debe estar en lo suyo como dice el refrán en otras palabras.

Para construir una buena obra de arte, o descubrir una nueva teoría se necesita un gran trabajo y una firme vocación, el arte (y la teoría) no se da por generación espontánea, ni mucho menos por inspiración. Freud nos dice algo al respecto:

“Por lo que respecta a la producción intelectual, está, en cambio, demostrado, que las grandes creaciones del pensamiento, los descubrimientos capitales y las soluciones decisivas de grandes problemas, no son posibles sino al individuo aislado que labora en la soledad”.

Este concepto freudiano reafirma la tesis, desde un punto de vista psicoanalítico, planteada por Louis Althusser, por la cual la problemática del intelectual como función llega a su más alto grado de rigurosidad científica:

“Esta producción del conocimiento en una ciencia dada es una “práctica específica”, a la que se debe llamar “práctica teórica”, “una práctica específica”, es decir, distinta de las otras prácticas existentes (práctica económica, política, ideológica) y, a su nivel, y en su función, “absolutamente irremplazable”.

Por estas razones contundentes, el artista, sea latinoamericano, europeo o africano, debe evadir un pragmatismo que solo lo conlleva hacia la ideología. Lo primordial pues en el artista latinoamericano, y universal, “es crear la obra de arte”, luego, sus actitudes personales y éticas aunque estén determinadas o no, por cierta ideología no invalida la obra de arte, si no han intervenido en el proceso de la creación, quiere decir, si la obra ha alcanzado un mundo literario propio, una relativa autonomía que no la une ni la identifica con sus ideas políticas.